

PAPELES VIEJOS

La poesía española y la Revolución francesa

II

De los poetas que en los albores de la Revolución estaban en el apogeo de su nombradía ó empezaban á declinar por efecto de sus años y dolencias, acude en primer término á la memoria el fabulista Don Tomás de Iriarte, espíritu francamente incrédulo, dado á la burla religiosa y abrigando siempre mal encubierta ojeriza contra los frailes, á costa de los cuales compuso no pocos epigramas, viniendo á inaugurar la serie, pública ó clandestina, en que figuraron después los atribulados á la condesa del Montijo:

llorando dueños con su vida ermitaña, poseen todo el reino de los cielos y dos terceras partes del de España.

Así decía, ya en 1774, en su Epístola á Don José Cadalso y una y otra vez insiste en sus irreverencias de la más pura cepa volterriana, no sólo contra las órdenes religiosas y sobre puntos de disciplina sino en lo que afecta á los dogmas fundamentales, jugando al equívoco con expresiones tales como la Invención de la Cruz ó pasando revista á los conocimientos teológicos y escolásticos de su época en la larga macarronea que tituló Metrificatio inventivatis contra studia modernarum. A Iriarte pertenece, según las autoridades más doctas, la primera muestra poética de franca impiedad en lengua castellana. Semejante primacía cronológica queda vinculada al siguiente romancillo que, muchos años después de compuesto, reproducían con fruición los periódicos más exaltados de la primera época constitucional:

Tuvo Simón una barca no más que de pescador y no más que como barca á sus hijos la dejó. Mas ellos tanto pescaron é hicieron tanto doblón, que ya tuvieron á menos no mandar buque mayor. La barca pasó á jabeque luego á fragata pasó; de aquí á navío de guerra y asustó con su cañón. Mas ya roto el viejo casco de tormentas que sufrió, se va pudriendo en el puerto ¡lo que va de ayer á hoy! Mil veces la han carenado y, al cabo, será mejor desecharla y contentarnos con la barca de Simón.

Su odio contra la Iglesia no consiguió comunicarle aliento mayor que el que solía distinguirla en otros temas ni le sacó de su proverbial prosaísmo, lindante á veces con la ramplonería, como es de ver en muchos fragmentos de su poema sobre La Música, que llegan á emular las más famosas y pedestres vulgaridades de don Gregorio de Salas. Claro es que con estos precedentes propios y de familia—su hermano don Domingo, diplomático destinado casi siempre á la embajada de París, fué hechura del conde de Aranda y tuvo que ser andando el tiempo el negociador de la paz de Basilea con el Directorio—, claro es, repito, que figurara en el bando de los galo-idólatras y que tuviera que entender algunas veces con la Inquisición, algo despierta en los últimos años del reinado de Carlos III, á contar desde el proceso de Olavide.

Entonces fué cuando, con motivo del artículo de M. Masson de Morvillers sobre España en la nueva Enciclopedia metódica, se abrió la gran controversia secular que, bajo distintos enunciados, ha venido prosiguiendo hasta ahora, entre rancios y novadores, entre patriotas y afrancesados, entre transistas y ortodoxos, entre europeístas y nacionalistas puros. El puesto de Iriarte estuvo, naturalmente, al lado de los impugnadores de la tradición y cultura indígenas y contra sus defensores de la legión suscitada en el extranjero por el abate Denina y capitaneada de Pirineos adentro por el irascible Forner. La enfermedad iba minando la existencia del fabulista canario y cuando llegó la Revolución á su punto culminante, hallábase él en su retiro de Sanlúcar buscando mejoría. Ninguna alusión ofrecen sus últimos escritos al acontecimiento extraordinario que tenía suspenso al mundo. Sus entretenimientos literarios de esa época, son todos de sátira ó vindicación personal contra sus detractores, ó galanterías rimadas en obsequio de algún magnato ó dama de su predilección. Así, por ejemplo, la despedida dedicada á la segunda mujer del conde de Aranda, jovencita de quince años que éste había esposado en plena ancianidad con asombro de las cortes de Madrid y de Versalles, donde ejerció de embajador hasta los preludios del movimiento revolucionario. Se trata de unas endechas que fueron presentadas á la condesa en nombre de una «tertulia de españoles de París», sintiendo su partida;

Lánguida y consternada la colonia española, fantástica tú sola desierta yace aunque se ve poblada.

Pero cuando á tu ingenio y á tu semblante grato, cuando á ese noble trato, belleza juvenil y afable genio

la fortuna debía de que, en estrecha alianza, la urbana confianza reinase con la placida alegría,

quien el llanto refrena ó quien de sus pesares no culpa al Manzanares que así roba su mejor ninfa al Sena?

Mas si del patrio suelo, señora, el blando clima su robustez anima, no pide la colonia otro consuelo,

Gocen los matritenses nuestra perdida gloria, con tal que en tu memoria vivan los españoles parisenses.

Iriarte murió á últimos de 1791, sin alcanzar á ver los hechos culminantes que se iniciaban entonces; y así su silencio no debe causar extrañeza porque nadie había levantado la voz todavía sobre tales materias cuando el autor de El asno erudito dejó de existir. Más significativo es el de Meléndez, en cuya vasta producción no es posible hallar ni un verso alusivo á las convulsiones de la nación vecina, no obstante haber venido éstas en el tiempo que corresponde á su segunda manera ó estilo, esto es, á su producción filosófica y de asuntos morales y serios á que Jovellanos le inclinó, con mejor intención ética que buen instinto literario. Batilo no podía ser más que el poeta erótico de su época, el cantor de Galatea y de La paloma de Filis. Sus inspiraciones sobre La beneficencia, sobre El fanatismo ó la Prosperidad aparente de los malos, no pueden ya interesar, ni en el sentido histórico, ni en el septido eterno y permanente, á un lector de nuestros días. Son declamaciones lacrimosas de los años de la «sensibilidad» puesta en moda por Juan Jacobo. La musa anacreóntica del poeta magistrado fué siempre incompatible con las meditaciones profundas y graves del verdadero pensador. El carácter de Meléndez, femeníl y sin consistencia, le llevó á todas las fluctuaciones y no se distinguió nunca ni por la firmeza de su criterio ni, mucho menos, por la de su voluntad, fiaca y tornadiza como ella sola. De esta manera es posible hallar entre sus poesías, anhelos de renovación dentro del sentido enciclopedista más extremado y adulaciones al bando de los persas en la reacción de 1814, ditirambos á Godoy y á su enemigo irreconciliable Fernando VII, versos gratulatorios para el intruso y gritos de alarma excitando á los españoles á defender su independencia.

Lo cierto es que los sucesos de Francia en su primer período, no merecieron ningún comentario de su pluma, ningún acento de su lira, como no los merecieron tampoco á Moratin, no obstante haber presenciado en Burdeos y después en París, la iniciación del Terror, el 10 de agosto, la caída de la monarquía, la conducción del rey al Temple. Ni en prosa ni en verso, fuera del laconico diario personal que llevaba hacia tiempo, volvió la memoria á tales recuerdos y escenas; y aun es posible que al hablar de ellos confidencialmente, en los últimos años de su vida, con su amigo y compañero de emigración Silveira, los tergiversara ó los tuviera muy borrosos y trastornados, puesto que este último en la biografía de Moratin, ofrece pormenores tan inexactos como haber visto pasear la cabeza de la pobre Lamballe por las calles de París. El hecho no ocurrió hasta el día 3 de septiembre y Moratin se hallaba en Londres, desde el 27 de agosto, habiendo huido de los horrores de la capital francesa. Tan sólo en la II de sus Epístolas, dedicada á don Gaspar Melchor de Jovellanos, aparece esta vaga referencia hablando de sus largos viajes y peregrinaciones:

De mi patria orilla á las que el Sena turbulento baña teñido en sangre; del audaz britano, dueño del mar, al aterido be ga; del Rin profundo á las nevadas cumbres del Apennino...

MIGUEL S. OLIVER

Cotidianas

Me contaban amigos residentes en Madrid lo difícil que era estrenar en la corte. Un calvario para los autores noveles. ¡Qué de intrigas, qué de complots y qué de contratiempos para el que no fuera Benavente, Quintero, Arniches ó cosa análoga! Y lo triste es el círculo vicioso. No se puede estrenar sin tener nombre, pero no se puede tener un nombre sin haber estrenado mucho. Había otro medio: hacerse hermano ó sobrino de la tiple ó del empresario ó empresario de la tiple y del hermano ó sobrino. Es decir, vender los derechos en caso de éxito á cambio de probar fortuna. O la estirpe literaria, ó el parentesco ó el dinero. Todo lo demás era hacer el primo. —Ya ve usted, dicen los empresarios; estoy agobiado con tanta producción,—y citan una serie de nombres que bien quisieran poner en los carteles. Allí para marzo, ya venemos. Es decir, cuando acabe la temporada. Y ó por las decoraciones ó por falta de tiempo para ensayar se queda el estreno del autor novel para la otra temporada y después... vuelta á empezar.

Pero he descubierto el medio de estrenar, de ver mis obras sancionadas por ese monstruo de 2.743 cabezas, cabeza más, cabeza menos. Y es hacerme saltador de caminos. Si, señores, tengo el gusto de ofrecer á usted

des mis servicios para desbalijarles en las carreteras. Un trabuquito y á vivir. Apéñese ustedes del auto, del tren ó de la tartana, y cuando me haga respetar por la guardia civil, ya tengo un nombre, ya no soy desconocido, y me estrenan en Madrid lo que se me antoje, después de poner en orden los sentimientos de los tribunales de justicia. Esto le ha pasado al Vivillo y al anuncio de una comedia suya ya se la disputan los empresarios.

Animo, señores autores noveles. A saquear granjas y convoyes. A asesinar pacíficos viajeros y mujeres indefensas. Después que el jurado nos haya absuelto de tragedias reales, habrá público con agallas para condenarnos por drama ficticio más ó menos ó para echarnos al foso una bufonada inofensiva con un tanguito de Calleja ó de Lledó?

El Vivillo anuncia que antes picará toros en varias plazas, pero esta transición es innecesaria para los que no tengan biceps. Basta con tener un nombre: Galdós, Linares Rivas, Marquina, el Vivillo...

E. O.

Cartas de un filósofo rústico á un urbano de Barcelona

Urbanísimo señor mío: Aquí me tiene usted otra vez en estas silenciosas breñas y pacíficos andurriales, llenos los ojos todavía de los esplendores de la ciudad y sin poder dar abasto á la curiosidad de estos rústicos, que todos quieren saber algo de lo que por ahí he visto, oído y olido. Y como son tan sencillotes, aunque no falta alguno socarrón y malicioso, no pueden ellos comprender ciertas anomalías que resultan de lo que les voy relatando. Por esto será probable que yo, de cuando en cuando, le haga á usted por carta ciertas preguntas, como continuación de las pláticas que tuvimos en esa usted y yo y en las cuales tan urbano mostró usted conmigo.

Pues verá usted: una de las cosas que más intrigados tiene á estos conterráneos y muy rústicos míos, es que siendo Barcelona un emporio de riqueza y ciudad tan culta y aun tan democrática, regido su Ayuntamiento por una mayoría avanzadísima y plebeya, tenga vías y Ramblas y Ensanches y plazas, no solamente iluminados a giorno (esto lo aprendí de un sabio de la posada), sino bien regados, bien barridos, tan bien cuidados que le parece á uno que se halla en una inmensidad de salones sin techo; y al lado de esto, por poco que se desvie uno del centro y arterias principales, no haya ni luz suficiente ni riego ni cuidados, de tal manera que hay calles que apestan á todas horas del día y en que la basura es como una cosa natural en ellas, como lo es en un estercolero. Y no hablemos del adoquinado, pues hay sitios en que no se consiente que un adoquín resalte ni un milímetro más que el de al lado y en otras calles ni adoquines hay y en otras ni calle illos á decir.

Todo esto se lo digo yo á ellos, que no á usted, mi urbanísimo señor, que ya se lo saben de memoria sus pies y sus ojos y sobre todo sus narices de usted; pero ni ellos saben ni lo se yo el por qué de esta incuria y abandono y esa, sobre todo, esa desigualdad irritante y más incomprensible en un Ayuntamiento cuyos ediles, unos por radicales, otros por izquierdistas y casi todos por democráticos, son de la plebe, ó deben serlo, pues ella les ensalza, y ellos, en cambio, le dan á la plebe con la basura en las narices.

Es muy probable que esos democráticos y populares ediles me contestaran á mí que esto tiene fácil arreglo: que se vaya la gente de esos barrios abandonados á su suerte y á su basura, y viva en el Ensanche, que á nadie se le obliga á vivir donde no quiere; y esta es una razón que puede que fuera contundente para cualquiera de esos civilizados de la ciudad; pero que ni al más zote de estos rústicos le pasa por el gaznate, puesto que le contestan á usted que cuando viven así, entre malos olores y porquería de todas clases, porquería material y porquería y sa'vajería moral, es porque no pueden de otra manera.

El caso es, según mi rústica filosofía me enseña, que aunque los habitantes de esos cochinos barrios, fuesen puercos y salvajes por naturaleza, no debía consentirse, en ciudad tan gloriosa y tan democrática, que ellos vivieran así y que lo mismo debía andar de limpia y aseada la Rambla, pinto el caso, como cualquiera de esas calles indecentes, que, para mayor ignominia, alguna de ellas da en la Rambla. Amén de que la justicia y la igualdad, de que tan enamorados dicen que están los radicales que en ella mandan, obliga á que ya que se barre para los ricos, se barre, y bien, para los pobres, según aquel conocido principio de que cuando se tira de la cuerda se tire para todos.

Ya sé lo que me dirá usted y es que esto mismo sucede en París, según le han dicho á usted; pero tampoco es esta una razón, que si todo el íte de la civilización, la europeización y el radicalismo democrático está en que nos parezcamos á París, no hablemos entonces de principios de justicia y civilidad é igualdad, ni nos llamemos radicales ni democratas ni aun futuristas: llamémosnos parisianos y con ello expresaremos mejor la idea. Pero en este caso resignémosnos á seguir siendo incultos, malos democratas, á tener suciedad en ciertos barrios, y aun á alimentarla, además de la horrosa plaga de meretrices que ya infesta la ciudad, la plaga innoble y parisiana de los incontables ladrones, atracadores, asesinos, perdidos, borrachos y sin vergüenzas que allí, en París, se llaman á sí mismos apaches...

Y permítame ahora que hablo de ladrones, ¿en qué ha venido á parar aquello de la Monna Lisa? Porque la verdad es que salí de esa ciudad sin haber aclarado bien el punto.

Al principio, rústico de mí, en cuanto oí hablar de que se había robado la Monna Lisa del Louvre, me figuré que debía tratarse de una mona muy notable, aunque estuviera pelada; pero también me hacía la reflexión de que por una mona lisa y monda no se armaría tanto ruido ni aun la robaría nadie, cuando

se me entró en mi cuarto de la posada, todo espeluznado, aquel huésped sabio de quien ya le hablé á usted.

—¡Señor Pablito, qué desgracia! ¡No sabe usted que han robado la Monna Lisa del Louvre?

—¿No querrá usted decir una mona vieja del Parque?...

—¡Hable usted con más respeto de las obras venerables que nos legó el genio de la pintura Leonardo de Vinci!

—¡Hombre, dispense usted!...

—¡Robar la sublime, la ideal, la de la sonrisa enigmática, la divina Gioconda!

Este se ha vuelto loco, pensé yo, porque antes me hablaba de una Monna Lisa y ahora de una Gioconda. A no ser que fuera esa pintura el retrato de una mona que se llamara así... Para no meter la pata, me callé estos pensamientos y al cabo le dije:

—¿Y la conocía usted, á esa... señora?

—¿Cómo había de conocerla señor, si floreció hace más de cuatro siglos?

—Entonces conocerá usted el cuadro.

—El cuadro... tampoco; pero sé que era una obra divina, debida al pincel de Leonardo de Vinci y que su enigmática sonrisa constituía la desesperación de los artistas.

Y ya no supe más, mi estimadísimo urbano; pero ya ve usted que no hay como tener á mano un sabio de esos que en un periquete le ponen al tanto de todas las cosas.

Yo, sin embargo, de todo procuro sacar enseñanzas, que á esto me obliga mi profesión de filósofo magüer rústico, y en seguida deduje que si allá, en París de Francia, roban la mejor obra del Museo y no se entera ninguno de los cincuenta ó cien empleados que tendrá aquello, ó dormían éstos ó les habían narcotizado, ya sea con alguna pícoma, ya sea con algún emplasto... ó ya es que se les da un árdirte de que guardan. ¡Oh la administración europea, y la civilización europea, y la cultura europea, y el rábano frito!

Por lo tanto, de hoy en adelante, me digo yo: guárdate, Pablo, de establecer comparanzas entre países que no conoces y no te fíes de lo que te digan europeizantes, que concen el mundo por lecturas, como el huésped mío de marras, que así sabe él de Monna Lisa, como yo de la barriga del Cha de Persia.

Bueno: el caso es que ya abandoné el principal asunto de esta carta, mi buen urbano y que no me vuelvo á recogerlo. Otro día volverá á escribirle este rústico, que quedó encantado, como lo ve usted, de su urbanísima amabilidad y l. b. l. m.

EL LICENCIADO PABLITOS

Hojeando la prensa

Del Diario Universal:

«Precisamente porque la huelga general es un recurso supremo, y los obreros no se han percatado oportunamente de ello, lleva camino de convertirse en un recurso estéril. Los conatos de ella que han fracasado ya y los que fracasarán sucesivamente tienen por consecuencia inmediata y fatal quitar á los obreros el entusiasmo y la decisión que para realizarla en las mejores condiciones posibles son indispensables.

Sin recordar más que un caso reciente, el de la huelga de albañiles de Madrid, que también trataron algunos elementos levantiscos de convertirse en huelga general, es fácil convencerse de que ese procedimiento revolucionario es peligroso para los que le emplean ó tratan de emplear le antes que para el enemigo, real ó supuesto, á que tratan de combatir.

En la huelga de albañiles, en efecto, se hizo patente en los primeros momentos la solidaridad obrera; pero no fué claramente visible para los meneurs del movimiento: quisieron utilizarla para más de lo que podía producir, hablaron sin razón ni motivo suficiente, sin sazón oportuna, de la huelga general, y bastó para que viéramos disgregarse las fuerzas que parecían tan unidas y para que los huelguistas perdiesen la fuerza que la apariencia de solidaridad absoluta les daba. Si no hubiesen existido otras causas para la derrota, con esa hubiese bastado.

Algo semejante puede ocurrir ahora en Málaga y Bilbao: las dos huelgas parciales allí planteadas quizás fuesen ocasiones de triunfos para sus planteadores, si como tales huelgas parciales se sostuvieran; convertidas, como quieren algunos, en huelgas generales, suscitarán, por reacción natural, una conjunción general de fuerzas defensivas, y con ella la derrota de los primitivos luchadores.

El caso no será nuevo, y es preciso que los obreros eviten en lo posible su repetición si quieren que alguna vez sean las huelgas eficaces. La huelga general es demasiado perturbadora para que empleada todos los días no suscite de parte de la sociedad el movimiento defensivo que forzosamente ha de ser la reacción contra ella, y en que la sociedad forzosamente ha de vencer.»

De La Correspondencia Militar:

«Como el gobierno francés, y los demás, aunque tácitamente, han aceptado y se han adherido al principio de las compensaciones, creemos muy útil extendernos en algunas consideraciones. No creemos que sea un hecho nuevo que el fuerte atropelle al débil; nosotros hemos experimentado en Cuba y Filipinas la exactitud de este principio, anterior al de las compensaciones; lo que ocurre es que Francia no ha sufrido hasta ahora su aplicación, y, naturalmente, no había sentido tan amargamente su odiosidad. Sin indignarnos, pues, por un hecho que conocíamos, sólo podemos escarmentar en cabeza ajena y no descuidarnos para no encontrarnos con una nueva edición de 1898, ó con una desmembración del territorio, que nos haga sentir una vez más el peligro de ser débil.

En Le Temps del día 1.º de los corrientes leemos que las compensaciones tratadas entre Francia y Alemania se refieren al Gabón, Congo francés, territorios de Angola y Guinea española.

El poco afecto que siente para España el sesudo periódico francés, nos hace dudar de la exactitud de la noticia; mas ella sola debe servirnos de enseñanza para el porvenir.

Poco ó nada podríamos hoy hacer para defender la Guinea española, si intentaran arrebatársela; pero debemos prever que en el porvenir las compensaciones futuras no versen sobre puntos más cercanos, más próximos y más importantes todavía para la integridad nacional y nuestra dignidad.

El hecho es que, sin contar con nosotros, aparentemente por lo menos, se trata por la prensa más seria de Europa de la cesión de un territorio nuestro, para que se entiendan y arreglen dos naciones con las cuales conservamos buenas relaciones. Esto demuestra que, sin ser fuerte, no tiene una nación el más pequeño momento de tranquilidad, y como dice Mr. Hanoteaux, la admisión del principio de las compensaciones trae consigo para una nación, ó la esclavitud, ó la guerra.»